

## UN DÍA EN LA OBRA DE MIGUEL DELIBES

Por Luis Mateo Díez

Majestades, Autoridades, Señoras y Señores Académicos, Queridos amigos de la Real Academia...

A las nueve de la mañana del 21 de marzo de 1975 Miguel Delibes salió de su casa en Valladolid, y viajó a la ribera del río Luna, en la Provincia de León, concretamente al coto truchero de Garaño, en una zona de media montaña, topográficamente muy amena, con plegamientos aseguibles y vallejitos no demasiado profundos, según sus palabras.

Ese iba a ser el día más feliz de un pescador de ribera, alguien que durante veinte años asumió la pesca de la trucha como una afición, al lado de la caza que fue desde siempre una vocación innata heredada de su padre. El cazador conspicuo se confiesa un aprendiz de pescador que no llegará a dar con el secreto de la pesca, pero reconoce que la pesca de la trucha es un arte tan complejo y apasionante como el de la caza de la perdiz roja.

También observa que el pescador de truchas es un ser generalmente hermético que reserva para sí sus conocimientos: las experiencias piscícolas son rigurosamente personales y, en consecuencia, todo pescador de truchas es, inevitablemente, un autodidacta.

Un día de felicidad en la ribera, donde se sucedieron sesenta minutos inolvidables, con el regreso a su casa de Valladolid a las cinco de la tarde después de recorrer cuatrocientos kilómetros y tras un reparador almuerzo.

La obsequiosidad del Luna resultó verdaderamente abrumadora, recuerda Delibes en las páginas del *Block de Notas* que es *Mis amigas las truchas*. Aunque el sitio en apariencia no era muy indicado para el mosco ahogado –una corriente planchada, con levísimos hileros– la trucha estaba allí en plena efervescencia. Me metí en el río, en un cascajar medio cubierto por las aguas, y en una hora de reloj, llené la cesta sin cambiar de sitio ni arriesgar un aparejo. La trucha, siempre acechante, hacía por los moscos sin recelo. Así, pues, fue lanzar y prender, lanzar y prender, durante sesenta minutos inolvidables.

La verdad es que yo podría afinar el recuerdo y testimoniar la felicidad del pescador en ese día, donde le acompañaba un pariente mío, que era el Guarda fluvial, y que es citado en el libro. Podría con más certeza rememorar la figura solitaria y hermética en las riberas del Esla, del Porma o del Órbigo, sobre todo en el coto de Santa Marina, donde el pescador obtuvo tantos reveses como satisfacciones. Prácticamente en todas las ocasiones en que hablé con Delibes, y en muchas de sus cariñosas tarjetas al recibo de mis libros, salía la pesca y, con ella, un melancólico refrendo, cercano a la amargura, de los ríos perdidos, de las truchas autóctonas que desaparecieron. Al fin, la mayoría de nuestras palabras se sumaban en la larga memoria de una retirada de tantas cosas, la observación de lo que se orilla o se degrada, la vida que discurre sin alcanzar el equilibrio de civilización y progreso.

Cuando releo las páginas de los *blocks* y *diarios* del Delibes que corre las aventuras y desventuras de un cazador a

rabo, en pos de la perdiz roja, o del pescador en la ribera, siempre acomodado en la costumbre de andar y avistar, haciendo del paisaje su medio, compruebo lo que la aventura tiene de pasión y placer, el reto de una necesaria sabiduría que hay que administrar, ajustando la técnica en la medida precisa de lo necesario.

El relato de esas cotidianas aventuras de la afición cinegética marca una línea narrativa en la que el testimonio se abre a la emoción de una contienda, como si las palabras participasen también de esa tensión que compromete al paisaje.

El cazador y el pescador recapitulan sobre el resultado de las piezas cobradas, y en la conversación de lo que se obtuvo y se perdió hay un ajuste de conocimiento y experiencia. Los libros que contienen estas aventuras del escritor son tan sinceros como veraces, y en absoluto ajenos a un sentido de la vida, tan propio de sus grandes novelas, donde el hombre y la Naturaleza miden sus posibilidades, considerando sus dones y sus bienes.

El hombre con sus variadas artes deportivas y de subsistencia. Los viejos ritos de la pesca y la caza en los campos y en los ríos donde el escritor ejercía la libertad de una aventura tan natural como legendaria, que en el relato obtendría luego la belleza de una necesaria confesión.

Con la lúcida idea de que debemos escribir como somos, de que entre el hombre que vive y el escritor que escribe no debe abrirse un abismo, enuncia Delibes ese compromiso de autenticidad que irradia en sus fábulas el espejo de su propio pensamiento, un legado ideológico de base

humanista fundamentado en valores éticos, sociales y estéticos.

La novela debe inquietar, no complacer, y en lo que el novelista reclama desde su absoluta independencia, está la complejidad con que podamos advertir las contradicciones del hombre contemporáneo. Inquietar es perturbar, criticar, molestar, aguijonear al sistema de hoy y al de mañana, porque todos los sistemas son susceptibles de perfeccionamiento, y esto requiere una conciencia libre.

Delibes mantiene como centro de su ideología la atención al hombre, la consideración del individuo por encima de la sociedad y en armonía con el medio natural. Los perdedores, los seres humillados y ofendidos, los pobres seres marginales que se debaten en un mundo irracional llenan su universo, constituyen las voces que generalmente expresan la resignación desde el sufrimiento y la injusticia.

El acoso o la marginación de estos seres, nos dice el novelista, puede provenir de muy diversas causas (la ignorancia, la crueldad, el desamor) pero nunca estarán lejos el Dinero y el Poder. He aquí el común denominador de mis fábulas: el hombre como animal acosado por una sociedad insensible (duro drama suavizado por una punta de ironía que desbloquea las situaciones extremas). Esto implica que yo he lastrado mi obra con una preocupación moral, esto es que a mi inquietud estética, he unido una inquietud ética, que si literalmente es irrelevante, busca de alguna manera un perfeccionamiento social.

Fábulas morales que implican ese sentido de la vida que trasciende la mera composición del relato, que hace significativos los elementos narrativos que el escritor elige, sin

que en absoluto quede coartada la dimensión de lo que se cuenta en aras de cualquier tesis.

Delibes es un novelista de su tiempo, atento en todo momento a las posibilidades de experimentación, de apertura expresiva de lo que quiere narrar, sin alejarse de la fidelidad a sí mismo. Y como novelista de su tiempo, y conciencia narrativa de un siglo tan explosivo y contradictorio, asume con un grado de expresividad tan radical como complejo, esa variación de la novela moderna que ya no se conforma con contar la vida sino que pretende además contar el sentido de la misma.

Las fábulas morales incitan a la reflexión, desde la inquietud que promueven. Y lo hacen del mismo modo en que las tramas dramáticas, con ese punto de ironía en el límite, tan grato al autor, nos subyugan con la emoción más honda, mientras los personajes imprimen el sello de sus existencias inolvidables.

Obtuvo Delibes una lección primeriza, que siempre valoró mucho, en los años dedicados al periodismo. Observador objetivo de la realidad, inmiscuido sin paliativos en la crónica de lo cotidiano, desde el periscopio privilegiado de una ciudad de provincias, el Valladolid de toda su vida, siempre recordó su llegada a la literatura desde el periodismo, y cómo en él se nutrió de, al menos, dos componentes sustanciales, que el escritor heredaría: la valoración humana de los acontecimientos cotidianos –los que la prensa refleja– y la operación de síntesis que exige el periodismo actual para recoger los hechos y el mayor número de circunstancias que los rodean con el menor número de palabras posibles.

La novela siempre tiene que contar algo, narrar una anécdota, contar una historia. Todo es posible en el uso de las técnicas narrativas, y el reto de la expresividad se aviene a la eficacia de la propia complejidad de la fábula, con el convencimiento de que la novela es, ante todo, un intento de exploración del corazón humano.

La historia, la pasión, el paisaje, los personajes. Los elementos sustanciales de la narrativa de Delibes provienen de ese compromiso vital que sitúa al escritor como dueño absoluto de su experiencia, en el espejo de la observación y la invención.

El narrador es capaz de desdoblarse en la prolongación de otros seres que no pierden su huella, que se nutren de su mirada. En la materia autobiográfica que imprimiría algo de esa experiencia de la propia vida de quien escribe, distingue Delibes entre lo que tú has vivido, lo que podrías haber vivido, lo que quisieras haber vivido o lo que temas y presientes que vivirás. La conciencia del escritor es, antes que cualquier otra cosa, la conciencia de su escritura, y el reflejo de esa constatación de lo que su propia existencia compromete, ya que en tal caso se escribe para vivir y se vive para escribir, lo que equivale a reconocer que la vida es la escritura.

El mismo cazador de sus jornadas aventureras o el hermético pescador de aquella mañana en la ribera del río Luna, anticipan lo que esos momentos de intensa afición y solitario placer reflejarán en las palabras. El testimonio de la emoción de lo que sucedió. O la sabiduría que insuflaba una filosofía de la vida, desde la supervivencia y el sentido de la misma, en un personaje tan inolvidable como el Lorenzo del *Diario de un cazador*, que desdobra en la invención lo que el autor tan profundamente conoce.

Historia, paisaje, pasión, personajes. Los elementos con los que Delibes confesaba escribir sus novelas, tienen obviamente el sustento material en la palabra narrativa, un sustento en el que las resonancias de la vida se concretan en las voces que contienen su eco.

Las palabras de Delibes vienen de una realidad en la que el lenguaje resuena muy directamente en el bullicio de la memoria. En ese sentido la pretensión del escritor no es otra que la de llamar a las cosas por su nombre y saber el nombre de las cosas. Delibes es un caso extremo del escritor que escucha y, al hacerlo, retiene el fulgor de la naturalidad de las palabras. Alguien que establece la peculiar sintonía de lo que oye, como aliento y alimento de lo que acaba siendo, en su elaboración, un estilo literario.

Pocos escritores contemporáneos han tenido en nuestra lengua ese don tan extremo de transmutar lo coloquial en literario. La verdad verbal de las historias de Delibes deriva de ese don. La palabra suena a la verdad de quien habla, o a la veracidad de quien cuenta, sin que el ejercicio de su recreación, el depurado estilo que nos la revela en su expresividad estética, la contamine de artificio.

En realidad, esa palabra narrativa del escritor tiene mayor solvencia, es más verdadera, redundante en el peso de la que pudo escucharse, de la que nutrió su sentido en su reconocimiento coloquial, para restituirla con una suerte de valor añadido.

Yo no puedo recordar con igual intensidad de sensibilidad y observación el tramo del Luna donde Delibes fue feliz aquella mañana de marzo, que leyendo lo que él

anota, las palabras que recomponen la luz del río en la corriente planchada, según escribe, con levísimos hileros.

El río, puedo dar fe de ello, sigue su curso en el tiempo pero no tiene otro esplendor en la memoria, mayor ganancia en las palabras que lo recuerdan, que las que derivan de aquella mañana de un agradecido pescador de ribera.

Delibes escucha y mira. Siempre se ha dicho que la mirada es la fuente crucial del artista. Todo gran creador es dueño de una mirada peculiar y compleja del mundo.

Las historias de Delibes provienen de su mirada, la que conecta la realidad con la imaginación, poniendo en marcha el acicate de la memoria. No olvidemos aquella vieja idea de que la imaginación no es otra cosa que la memoria fermentada.

En la capacidad de su mirada, con el paisaje como insoslayable presencia, escenario físico y mental, se encuentra también la percepción de los seres humanos. Seres imaginarios que siempre parece que el escritor ha visto. Como si existieran antes de que él los inventara. Como si estuviesen en alguno de los lugares por donde el escritor pasea, aguardándole.

La imaginación del novelista, decía Delibes, debe ser tan dúctil como para intuir lo que hubiera sido su vida de haber encaminado sus pasos por senderos que en la realidad desdeñó. En cada novela asume papeles diferentes para terminar convirtiéndose en un visionario esquizofrénico. Paso a paso, el novelista va dejando de ser él mismo para irse transformando en otros personajes. Y cuando éstos han adquirido ya relieve y fuerza para vivir por su cuenta, otros



entes, llamados a ocupar su puesto en diferentes obras, bullen y alimentan en su interior reclamando protagonismo.

Un autor dueño de sus personajes hasta el extremo de sentir cómo ellos sorbían su vida, redondeaban sus existencias a costa de la suya, mientras él sentía el gozo o el dolor de crearlos, insensible al paso del tiempo.

Pocos escritores han hecho una declaración tan límite de esa deuda y de esa entrega, reconociendo en la generosidad del desdoblamiento la necesidad de enajenar la propia existencia para vivir las de sus personajes.

Encarnado en unos entes ficticios, confiesa Delibes, con fugaces descensos de las nubes, transcurre la existencia del narrador inventándose otros "yos", de forma que cuando medita o escribe, está abstraído, desconectado de la realidad, y también cuando pasea, o cuando conversa, incluso cuando duerme, el novelista no se piensa ni se sueña a sí mismo: está desdoblado en "otros seres", actuando por ellos.

La deuda nos tiene a nosotros, los lectores de Delibes, como privilegiados beneficiarios. Seres humanos ganados para la eternidad de sus destinos en la belleza de las narraciones que habitan, con frecuencia, como el autor reitera, perdedores, humillados y ofendidos, marginales que se debaten en un mundo irracional.

La vida que en ellos palpita, sustraída de quien los inventó, es la que fluye según los conocemos, con ese grado de intensidad y secreto que sólo proporciona la experiencia de lo imaginario.

La huella puede resultar indeleble, y uno puede llegar a sentirse incapaz de expresar lo crucial de haber conocido, por ejemplo, a un personaje como Daniel el Mochuelo, precisamente en la noche definitiva de su infancia, cuando con los once años cumplidos, vislumbrando la adolescencia, repasa en la memoria, entre el desvelo, la emoción y la zozobra, lo que ha sido su mundo, la huella que queda del niño que fue en el pueblo y el valle que abandonará al amanecer.

Lo crucial de ese conocimiento, y elijo uno de los personajes más entrañables de Delibes, acaso el que al propio autor le resultaba más querido, estriba en la intensidad con que se nos desvela lo más íntimo y secreto de Daniel, lo que ni siquiera él mismo puede comprender en el desorden de sus emociones, rebullendo inquieto en la cama, aguardando la luz de la mañana en la ventana de su cuarto, en esa primera noche de su despedida, cuando vislumbra la frontera de un adiós a tantas cosas.

Delibes, como en tantas otras novelas, elige un punto de ironía para contarnos lo que hay alrededor de Daniel y el corazón de Daniel, las gentes que viven en el pueblo, lo que son y representan, sus alegrías y miserias, el paisaje mudado en el discurrir de las estaciones, el río, el bosque, los bichos, lo que la Naturaleza imprime en el espíritu y en la costumbre de quien en ella realiza una parte sustancial del aprendizaje de su existencia.

Los grandes raramente se percatan del dolor acerbo y sutil de los pequeños, señala el novelista, cuando Daniel el Mochuelo sufre el embate de la tragedia, la muerte de su mejor amigo cuando juegan saltando en las piedras del río, cuando ese sentimiento de lo doloroso inunda su corazón con la fuerza terrible de un aprendizaje inusitado.

El pueblo del que Daniel se despide emerge como una continuación de él mismo, con sus gentes, sus rutinas, sus secretos y, por unas horas, las del sueño secuestrado del que también emerge ese otro Daniel que ya dejó de ser niño, todo el pueblo anida en su corazón, se adueña de su memoria, como si ese tiempo suyo fuese el tiempo de todos, como si el recuerdo floreciera con todos los instantes perdidos, con todas las historias posibles, los sucesos públicos y privados de ese espacio de la geografía y de la vida donde discurrieron sus once años. El camino de la vida, el que arranca sin remedio, se corresponde en el tránsito, en el rito de paso, con una especie de camino interior donde quedó la huella de lo que ya, también sin remedio, se pierde.

La obra de Delibes reincide, desde muy variadas perspectivas, en algunos asuntos candentes que el escritor observa desde el pesimismo de quien siente las contradicciones de civilización y progreso: pérdidas, degradaciones, desaparición. La Naturaleza agredida, desvalijada, envilecida. Las guerras, los éxodos, las injusticias, la ignorancia, la crueldad, el desamor.

Esa imagen del hombre acosado por una sociedad insensible. El intento de contrapartida de que el hombre sea un ser vivo en equilibrio con los otros seres vivos.

De esas conmociones, del sustrato de una conciencia permeable a las razones y sinrazones de un tiempo voraz y contradictorio, del que el escritor es testigo, están nutridos sus personajes, exponentes también de la melancolía de su extravío y soledad.

Mis personajes no son asociales, insociables ni insolidarios, sino solitarios a su pesar. Hablan poco, es cierto, son más contemplativos que locuaces, pero antes que como recurso para conservar su individualismo es porque han comprendido que a fuerza de degradar el lenguaje lo hemos inutilizado para entendernos.

La palabra es la materia de la propiedad mayor.

La palabra es el patrimonio de una propiedad sin fondo que implica la mayor riqueza, la capacidad extrema de poder nombrarlo todo y, a ser posible, con la belleza de la mayor naturalidad, ya que una lengua de expresividad infinita es el mejor aval para los infinitos pensamientos que afiancen y enriquezcan nuestra supervivencia.

La palabra que cuenta la vida y nos ayuda a la comprensión del mundo.

Lorenzo el cazador, que luego fue emigrante, describía así el anuncio de una nueva primavera.

Lo recordaba Miguel Delibes en su discurso de ingreso en esta Casa: "El campo estaba hermoso con los trigos apuntados. En la coquina de la ribera había ya chiribitas y maticandiles tempranos. Una ganga vino a tirarse a la salina y viró al guiparnos. Volaba tan reposada que la vi a la perfección el collarón rojo y las timoneras picudas... Era un espectáculo. Así, como nosotros, debió de sentirse Dios al terminar de crear el mundo".

En 1975 Delibes publicó *Las guerras de nuestros antepasados*.

El 25 de mayo de ese año leyó el discurso de ingreso en la Real Academia, contestado por don Julián Marías.

A las cinco de la tarde del 21 de marzo, como recordé al comienzo, de acuerdo a su *Block de notas de un pescador de ribera*, llegaba a su casa de Valladolid, tras la jornada más feliz de su vida en el río, con una cesta bella y uniforme, según nos cuenta, seis kilos en doce peces, es decir, un promedio de cuatrocientos ochenta gramos por pez.

El Luna me dio lo que nunca me había dado ningún otro río.

Sus amigas las truchas eran aquella tarde las joyas de una satisfacción y de una ganancia.